

trama infernal, aún después de haber concluído de hacerlo, permanecía delante ella, mudo, inmóvil, atónito, sin poder encontrar una respuesta cualquiera para aceptar ó protestar contra las proposiciones que acababa de oír.

La astuta mujer estaba erguida en su presencia, mirándole siniestramente, como si quisiera fulminarle con los ojos, con ceño imperioso para vencer cualquier tentativa de resistencia.

Así transcurrieron algunos momentos de silencio, sin que el joven hiciese ademán alguno de querer hablar ni ella dejaba de mirarle fijamente con sus ojos escrutadores.

Por último el primero, para poner término á aquella situación embarazosa, dijo bajando los ojos al suelo y tartamudeando las palabras:

—Es verdad... que nunca hubiese creído que se atreviese á tanto... De todos modos... Mañana... Mañana, no.

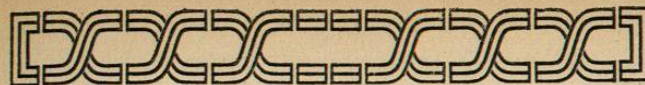
—Mañana sí—gritó con rabia la comadrona, poniéndose aún más erguida y amenazadora que al principio. —El asunto no puede aplazarse... Ya he dicho que antes de dejar que mis enemigos me venzan, estoy dispuesta á todo.— Y al hablar así cogió el revólver que había puesto sobre la mesa. —Conque: ó beber juntos ó ahogarnos juntos.

Y al decir esto miró á su víctima de alto á abajo, y, cambiando de acento, le dijo con tono de broma:

—Ande usted sin perder un minuto á ver á la directora, que le aguarda. Ella acabará de convencerle.

Y sin más preámbulos le puso en el bolsillo interior de la levita el famoso billete. Le abrochó los botones, lo condujo hasta la puerta y abriéndola llamó á la directora, que acudió en el acto á buscar al joven.

La directora, que conocía perfectamente la debilidad del pobre Fiocchetti, supo trastornarle de tal modo, que el desgraciado le juró muchas veces su decisión de secundar en todo sus planes, sin ningún género de vacilaciones.



## XXXVI

### Venganza frustrada.

LA alegría experimentada por Ida, á causa de la victoria obtenida contra sus enemigos al ser reintegrada por el nuevo Ministro en todos sus derechos, bien pronto fué turbada por un sentimiento de amarga tristeza.

¡Le precisaba volver á la oficina y exponerse de nuevo á los enojos y á las penas de antes!

El lobo muda de pelo, pero no de vicio; sus colegas volvieron á las andadas, y en su propia rehabilitación encontraban nuevos estímulos para atormentarla.

La joven iba á hallarse otra vez en compañía de aquel Fiocchetti, acerca de cuya conducta luchaba entre sí misma, para no admitir como prejuicios definitivos las gravísimas sospechas que contra él tenía y hacia quien experimentaba además una repugnancia invencible.

Y al odio implacable de sus enemigos, agravado por la derrota, venía á añadirse el rencor de la comadrona, que había jurado vengarse terriblemente.

¡Qué feliz se habría considerado Ida si hubiese podido dar el último adiós á su profesión de telegrafista, dedicándose únicamente á la *Alianza*, y, con su segunda madre, la condesa Stor-



ni, consagrarse á ella en absoluto para desarrollarla por todas partes y hacer una planta gigantesca, entre cuyas ramas todas las mujeres italianas, engañadas por la brutalidad y perfidia masculinas, pudiesen encontrar así la defensa y el reposo!

Pero precisamente por esto tenía que volver á Telégrafos.

No podía, en verdad, acreditarse la *Alianza* en la opinión pública del país, y hacerse respetar de sus enemigos, más que mostrándose franca, resuelta, activa, batalladora, para defender y reivindicar, sobre el terreno de la igualdad, los derechos de las mujeres en general y en particular los de sus asociadas, y especialmente en combatir por el buen nombre y por el honor de estas últimas, contra la superchería de los adversarios.

Por eso Ida se había defendido por todos los medios que le concedían las leyes contra la injusticia del Gobierno, cuando fué trasladada á Cerdeña; y ahora que había obtenido justicia veía claro el deber de *retornar*, como ella decía, á su *purgatorio*, hasta que pudiera retirarse del servicio con honor.

Sin embargo, la certeza de haber adoptado un noble deber, no le quitaba la angustia invencible, la tristeza que sentía al volver al trabajo, y al presentir las tramas y las insidias que habían de prepararle sus enemigos.

El mejor ánimo se lo infundía la Condesa, cuyo juicio le bastaba para afrontar todas las luchas, por peligrosas que fuesen, y para mantenerse tranquila entre las tempestades de la vida.

—Estamos en el baile, amiga mía—le decía bromeando en cierta ocasión la Condesa—y hay que bailar. Hemos vencido la conjura de nuestros enemigos y ahora no debemos mostrarnos pusilánimes en defender el fruto de la victoria. Va en ello tu buen nombre y el de la *Alianza*. Si después que hemos luchado para rehabilitarte, cedieses ahora, serías como el guerrero, que, habiendo derribado á su enemigo en el primer encuentro se arroja á sus pies y le pidiera perdón. Conque, ten ánimo, que la gente de la *Liga* no tardará en emprender la retirada.

—Si no tuviese que luchar más que con esas gentes dormiría tranquila, pero las otras...

—Ten un poco de paciencia, que el sacrificio ya no debe durar mucho. No está lejano el día en que te consagrarás exclusivamente al servicio de la *Alianza*, como secretaria general, no sólo de nombre, como hasta ahora, sino de hecho.

Al volver á las oficinas de Telégrafos, después de tres meses de ausencia, Ida no pudo menos de experimentar una gran emoción. Pero hizo un esfuerzo supremo para ocultar lo que sentía.

Fué acogida por sus jefes con cortesía casi afectuosa; por los colegas con tranquilidad estudiada. En cambio Fiocchetti palideció al verla y sonrió tan siniestramente que la joven se estremeció.

Ida esperaba que después de las ceremonias de presentación recomenzarían las persecuciones, armándose de todo su valor para rechazarlas; pero con gran sorpresa observó que habían mudado de registro.

Todos sus colegas la trataban con reserva, que á los extraños podría parecer respeto; pero ella veía bajo esta actitud, una frialdad estudiada y hostil, no menos penosa y más malévol que la enemistad de antes. Fiocchetti la hablaba siempre con monosílabos.

El comportamiento de sus colegas oprimía el corazón á la pobre Ida, afligiéndola con tristes presentimientos. En aquel mismo lugar donde tanto había ya sufrido, ahora le parecía que respiraba el aire sofocante que precede á la tempestad.

Así pasó la primera semana cuando le dieron de improviso la orden de asumir con Fiocchetti el servicio postal en la sección de valores declarados, para sustituir á dos oficiales, muerto el uno y el otro gravemente herido en el choque ya citado.

El lector puede imaginarse la consternación de la pobre joven ante aquella orden.



Sintiéndose vacilar corrió á pedir consejo á la Condesa, que la dejó desahogarse y luego le dijo:

—¿Qué remedio? Las desgracias nunca vienen solas. Una tira de la otra como las cerezas. Ya es un mal que tengas en custodia dinero del Estado y aún es peor que te hayan dado como compañero á un hombre de tan malos antecedentes. Pero no desmayes ni pierdas las esperanzas, pues tras el mal tiempo viene el bueno. Entretanto procura estar alerta... Abre los ojos y no te dejes engañar.

Ya hemos dicho que Ida era de ánimo viril, á quien las vicisitudes y las luchas habían adiestrado en el dominio de sí misma, sabiendo mantenerse tranquila entre las pruebas más imprevistas y más duras. Afinado su carácter con la experiencia, procedía siempre cautamente en todos los asuntos y tenía la suficiente perspicacia para burlar á sus enemigos.

Y mucho más ahora que le parecía ver á sus enemigos urdiendo alguna trama contra ella, redoblaba las medidas de precaución para defenderse en todo momento y en toda ocasión.

Entró, por tanto, en el desempeño de sus nuevas tareas tranquila y resuelta á observarlo todo y atreverse á todo para no ser burlada.

Franca, pronta y cortés con todos, con su compañero de oficina se mostraba más fría y más reservada que antes. No le hablaba más que de cosas de la profesión. Quería darle á entender con ello que no tenía confianza en él aunque tampoco le revelase resentimiento alguno. Siempre ocupada en sus asuntos, parecía que no prestaba atención á lo que él hacía, pero en realidad no perdía ni el menor de sus movimientos.

Y cuanto más lo estudiaba más sentía crecer hacia él la desconfianza y la repulsión.

Un día le pareció su continente tan extraño que le dió miedo. Semejaba tan absorto en algún pensamiento atroz y siniestro,

que ni siquiera se atrevía á cruzar la mirada con él; pero siempre que lo hacía veíale ponerse de mil colores.

Ida había comprendido que su compañero tramaba alguna perfidia y que era preciso no perderle de vista para no caer en el lazo. Desde este instante redobló sus precauciones.

Todo fué bien hasta la tarde.

Faltaban ya pocos minutos para cerrar la caja y no habiendo público en la ventanilla, Ida se preparaba á sumar sus cuentas, cuando vió aparecer á la señora Schwitzer con un talón en la mano, acompañada de otras dos personas, que ella no podía conocer porque estaba de espaldas.

Pronta y desenvuelta, sin dar señal alguna de conocer á la Schwitzer, la joven tomó el talón, lo examinó un momento, fué á la caja, sacó un billete nuevo de mil liras y se lo entregó á la reclamante.

Rápida como el relámpago, se desarrolló la famosa escena según estaba concertada.

La Schwitzer, mirando el billete, murmuró: ¡me parece falso! Otras dos voces confirmaron su aserto; y una de ellas dice:

—Véalo usted, caballero, dirigiéndose á Fiocchetti.

Rápida como un relámpago Ida reconoce á la Fioroni; mientras la otra con el billete en la mano se acercaba al ventanillo de Fiocchetti. Entonces adivinó toda la trama y de un salto se aproxima al ventanillo de su compañero y mientras éste alargaba la mano para coger el billete, ella se lanza entre los dos, lo coge casi al vuelo, arrancándolo con tal fuerza que quedó un pedazo en manos de sus enemigas.

Todos permanecieron mudos y aterrados mirándose uno á otro.

En cambio Ida, tranquila é impávida, como una roca en medio de la tempestad, vuelve á la caja, saca de ella otro billete, se asoma por el ventanillo y dice con voz firme é imperiosa...

—¡Hagan ustedes el favor de darme ese pedazo!



Lo recibe de la Schwitzer, y le dice mostrándole el otro billete:

—Vea usted si este es bueno.

La aturdida alemana, confusa y atónita por aquella escena, toma el billete, lo mira perpleja, mientras sus compañeras, extraordinariamente turbadas, permanecen mudas como estatuas.

La joven, segura ya de su situación, les cerró el ventanillo en su cara, y después dijo á Fiocchetti tranquilamente:

—Ya es hora de irnos; mañana hablaremos más á solas; y en silencio sin mirarlo ni decirle nada más echó las dos llaves á la caja y salió sin gran prisa, ordenando al portero que apagase las luces y cerrase la puerta.

Al verse á solas en la calle, lanzó un suspiro de satisfacción, dió gracias á su ángel bueno y se apresuró á marchar á casa de la Condesa para darle cuenta de lo sucedido.

Cuando se vió en su presencia no pudo contener más las emociones violentas que la agitaban y entre lágrimas y sollozos prolongados, refirió á su protectora la trágica aventura con todos sus pormenores.

Cuando hubo concluído su relato, la Condesa la besó en la frente diciéndole:

—¡Esta sí que es solemne! Vales más que un Perú... Querían vengarse de ti y han sido ellos los chasqueados.



## XXXVII

### El gran ejército.

COMO había hecho antes de fundar la *Alianza feminista* como sustitución local de protección y de asistencia; así hizo la Condesa Storní apresurarse á dar carácter definitivo á esta Sociedad, como institución nacional de organización de las mujeres italianas.

Ante las primeras dificultades que se presentaron acerca de los caracteres generales de la gran empresa, la fundadora, como hemos visto, recurrió al consejo de su antiguo preceptor, cuya perspicacia en las cuestiones de la vida pública le inspiraba una fe absoluta.

Discutidas y aprobadas las mejores resoluciones, se sintió la Condesa animada y llena de esperanzas de llevar su obra á término feliz. Parecíale que había encontrado el verdadero camino para llegar á ello, sin tropezar con los escollos que tantas veces habían impedido en el pasado la labor de los católicos en la vida pública, haciendo inútiles todos los esfuerzos para recoger y ordenar en un organismo nacional aquella gran mayoría del pueblo italiano, perteneciente á las distintas clases sociales, que profesa y practica el catolicismo en la vida privada.

Sentíase la Condesa tan disgustada de la contradicción de



que las nueve décimas partes de los italianos observan la religión en familia y la disimulan en público ó se avergüenzan de practicarla, que habría de buena voluntad sacrificado cualquier cosa para reunir una cruzada de todas las mujeres italianas, para reprochar á los hombres con el propio ejemplo su falta de valor. Pero aún le asaltaba mayor tristeza al reflexionar que todas las tentativas de los católicos italianos, para promover una acción común en defensa de la religión, para provocar un gran levantamiento del pueblo contra la prepotencia brutal, la calumnia, los ultrajes y las violencias de los partidos anticlericales, para reunir en un ejército nacional á cuantos quieren ver respetada la fe de los propios padres, habían resultado siempre fallidos.

Hubiese, pues, preferido cien veces abandonar el movimiento feminista de organización nacional, tan felizmente determinado por la agitación contra el divorcio, antes de dejarlo que se redujese á una verdadera institución general, corriendo el peligro de llegar á nuevas desilusiones. Le parecía que había dado con el primer motivo de decaimiento de ánimo de sus compatriotas, y se propuso estudiar los medios más oportunos para triunfar en su empresa.

Retiróse al campo, y en él permaneció algunos meses, en absoluta soledad, estudiando y confrontando entre sí las varias formas de la organización feminista de todos los países civilizados; hojeó opúsculos, periódicos, relaciones de ingresos; recogió datos estadísticos, notas hechas, hasta que se sintió provista de todos los conocimientos prácticos y teóricos necesarios para determinar clara y seguramente en todas sus partes la nueva organización nacional, dotándola de tal fuerza expansiva, que en breve tiempo pudiese difundirse por todo el país y vencer todos los obstáculos que seguramente habría de encontrar en su camino.

Ante todo puso como canon fundamental de la nueva institu-

ción no darle un reglamento particularizado, sino un ligero bosquejo de él, que formase como la armazón del edificio, dejando después á la institución misma el cuidado de perfeccionar la obra; es decir, de especificarse, constituirse y desenvolverse felizmente por sí, bajo la prueba del tiempo y de la experiencia, con una ordenación definitiva, sabiamente combinada por las personas que ejercen la dirección.

Pensaba que cuanto más vasta y más complicada es una obra, tanto más simple y elástico debe ser su nacimiento y su primer desarrollo; que para constituir una multitud en cuerpo colectivo homogéneo, no basta con darle un reglamento escrito sino que conviene antes constituirla y asociarla además con un vínculo aceptable de solidaridad común, y luego aguardar que la organización se desarrolle y se perfeccione por sí, conforme á las condiciones reales de su vida y de su actividad. Y discurría de este modo:

—Los hechos son antes que los artículos. Cien hechos realizados, rectificadas después por otros tantos artículos constituyen una obra perfecta, regulada y unos Estatutos inmutables, mientras cien artículos escritos, sin el contraste de la experiencia, pueden resultar letra muerta.

Por lo cual fijado el criterio general de la gran empresa, y establecidos en la mente de la Condesa los puntos cardinales de la nueva organización, retuvo para sí todos los pormenores de la estructura, que había de tener con el tiempo su obra, reservándose hacerlos aceptar después por sus asociadas, prometiéndose que tan pronto como fuese anunciada al público la nueva organización feminista habría de ser acogida en toda Italia con verdadero entusiasmo, reuniendo en la obra común á la mayor parte de las mujeres.

Á este propósito solía decir que las grandes obras sociales no se incuban como el huevo para hacer salir el pollo, sino que nacen ya maduras y gigantes, y que una organización cristiana



de carácter nacional, si al nacer no se presenta al público como una gran fuerza colectiva, se condena á la esterilidad para siempre.

Redujo, por tanto, el fruto de sus estudios y de sus largas meditaciones á dos criterios ó máximas fundamentales: determinar las líneas inmutables del nuevo organismo y atraer desde el principio gran masa de gente. Aquello se refería á la naturaleza de la obra, esto á su criterio feliz.

En cuanto á lo primero, debíase ante todo procurar distinguir la diferencia y la relación que había tenido su primera fundación; esto es, la *Alianza femenina*, como constitución local, con la nueva *Alianza femenina* de carácter esencialmente general ó nacional. Persuadida de que á las Asociaciones de índole local conviene dejarles la mayor autonomía y libertad de acción, estableció que todas las *Alianzas femeninas* ya fundadas ó próximas á fundarse en las varias ciudades ó países de Italia, según el primer tipo ideado por ella, fuesen de hecho independientes de la *Alianza nacional*, y que ésta no tuviese con respecto á aquéllas otra ingerencia que la de promover su fundación donde no existiesen, y la de confederarlas juntas, para aprovechar las ventajas de la mutua correspondencia y solidaridad.

El propio criterio fué aplicado á las relaciones de la *Alianza nacional*, con todas las otras asociaciones católicas femeninas de carácter particular; promoverlas, ayudarlas, confederarlas, respetando siempre su plan, independencia y libertad de acción, según los varios fines que se propusieron.

En cambio, el objeto general de la nueva institución, debía ser el de dominar y dirigir todo el moderno movimiento social, respecto á la actividad de la mujer, y con ello fundir en un gran organismo social á todas las mujeres italianas, para hacerlas participar de las inmensas ventajas de colectividad sabiamente organizada. De este modo la *Alianza* entraba valientemente en

el campo de la vida pública como instituto nacional, representante legítimo de los intereses femeninos generales, y autorizada por lo mismo para ejercitar su acción en las cuestiones más vitales del pueblo italiano.

Conforme á tal propósito general, la *Alianza* abrazaba tres grupos principales, cada uno de ellos con un fin propio de rehabilitación de la mujer; la *cultura* ó propaganda, la *asistencia* ó beneficencia, la *defensa* ó reivindicación organizada de los derechos femeninos.

El primero debía ser un centro de estudio, de discusión, de instrucción teórica y práctica, en todas las cuestiones que afectan á las condiciones modernas, los derechos, los deberes de la mujer para defender por todos los medios posibles la rehabilitación moral y material, privada y pública, doméstica y social de la clase.

El segundo tendía á favorecer, sostener, disciplinar y acrecer de todos modos las obras de caridad, que las mujeres están llamadas á ejercer con todo género de personas: pobres, enfermos, niños huérfanos ó abandonados, promoviendo la fundación de nuevas obras y la transformación de las ya existentes, conforme á las necesidades de los lugares y de los tiempos, y con una racional división del trabajo.

Por último, el tercero consistiría en crear leyes y corporaciones para las varias categorías de mujeres, núbiles ó casadas, que dedican su vida con el propio trabajo en las artes liberales ó manuales, y también para desarrollar la moralidad en cuanto al descanso festivo, á la instrucción religiosa, contra las insidias de la moderna impiedad: consagradas á los intereses materiales y profesionales, en cuanto al justo salario y á la formación é instrucción técnica, con los oportunos medios didácticos en los varios ramos de la industria femenina, privada y pública.

Cada uno de estos tres grupos debía estar dirigido por una junta permanente, dependiendo de la Dirección general, que de-



bía estar formada precisamente por las tres Juntas reunidas y reforzadas por la autoridad suprema de la presidenta general, de la vicepresidenta y de una secretaria general.

Fijados de este modo los rasgos salientes de la nueva organización, decidió la Condesa conservarle el antiguo título de *Alianza femenina*, añadiéndole el epíteto *nacional ó italiana*, para distinguirla de *Alianza local*, excluyendo, no ya el carácter interno, sino la denominación externa de católica.

Decidió también que todos los cargos fuesen electivos y que cada grupo obrase con independencia, limitando la autoridad de la Presidencia general á las facultades necesarias para mantener la unidad de todo el organismo, y mandar sus instrucciones según las circunstancias.

Con tal objeto, reservó á la Presidencia la inspección en toda la obra, con frecuentes visitas de delegadas y la continua correspondencia entre los varios Centros locales con la cabeza ó Centro supremo.

Cuando todo lo hubo madurado no pensó más que en llevar su grandioso proyecto á la práctica, conforme á su máxima fundamental, esto es, de reunir mucha gente desde el primer momento. Hizo, pues, visitas por toda la ciudad, y convocado el Consejo directivo en la *Alianza local*, expuso sus puntos de vista á aquellas excelentes señoras.

Por voto unánime fué aprobada toda la obra en sus rasgos principales, así como también el modo propuesto por la Condesa para llevarla á efecto.

Respecto al primer argumento, conviene recordar que cuando la agitación promovida por la *Alianza* contra el divorcio, llegó, sin pretenderlo, á constituirse en Centro directivo del movimiento nacional en toda Italia, la Condesa había ya estimado de dar forma al nuevo estado de cosas con un diseño de organización general.

El segundo punto parecía tan atrevido, grandioso y eficaz,

que fué acogido con verdadero entusiasmo. Millones de hojas sueltas debían inundar al mismo tiempo toda Italia, y además un folleto en forma de opúsculo, de la naturaleza, medios y ventajas propias de la nueva organización; por último, debía también repartir un *Catecismo social de la mujer italiana*, conteniendo los principios y criterio de la *Alianza* sobre todas las cuestiones del moderno feminismo, incluyendo la del voto administrativo y político, ó de la participación de la mujer en la vida pública.

Tal difusión gratuita, verdaderamente maravillosa, se realizaría por un medio tan simple como eficaz, esto es, por una empresa nacional de publicidad, espléndidamente retribuida.

Y como si todo esto no bastase, la Presidencia enviaría al propio tiempo un buen número de viajantes, encargados de propagar la idea y de buscar agentes para la correspondencia y consolidación de la obra.

—No os espante la empresa—dijo la Condesa cuando acabó de exponer al Consejo su pensamiento.—La Providencia me ha dado los medios para poderla sostener por mí misma, aun cuando debiera gastarme en ella toda mi fortuna.

—Es una obra maestra—murmuró en voz baja la más anciana de las *asiduas*, no sin ser oída por la Presidencia, que se sonrió y se cubrió de ligero rubor.

Otra añadió:

—Y responde con hechos á las provocaciones y á los desafíos de la *Liga*.

—¡Quién lo hubiese creído!—replicó otra.—El grano de mostaza se vuelve un árbol. Ahora somos ya un gran ejército.

—Dios lo haga—concluyó diciendo la Condesa.